



Brotóns. Cuando las fiestas de la Virgen de la Consolación, este frutero alejandrino de Valdepeñas se las pira a Torremolinos para leerle el último poema que aún no ha escrito a Pablito García Baena. Por el horizonte del mar, en la neblinosa raya del día tan abiertamente azul, cruzan siluetas de cuerpos juvenilmente desnudos. Entonces, sabe usted, Joaquín Brotóns se olvida urgentemente de su haya y del Arcipreste de su pueblo. De Paquito Nieva, de Esteban López Vega, de Raúl Carbonell, de Jesusito Martín y hasta de la mismísima Sagrario Torres, y no digamos nada de «**Los poemas de la cardencha en flor**» del patriarca Alcaide Sánchez. Son muy vitalistas los olvidos de Joaquín Brotóns, mire usted por donde, vaya por Dios. Luego, en el invierno, cuando le da a La Mancha por ponerse a llover a cántaros, durante toda la semana, por la salida del Peral, por la Mesta, por la calle Seis de Junio, por la plaza de la Veracruz, por la

su vida exterior. La vida exterior de este adolescente grandote de Valdepeñas —oh, la ciudad manchega, al mediodía, pobladísima de bares, «**El Ruli**», «**Los Corales**», «**Frankfurt, el Pisón**», «**Nevada**», «**Los Manchegos**», «**Matías**», «**El Aldeano**», «**Melody's**», etc., etc. — es una vida, mire usted, corazón, sobradamente alegradora. Muéstrate no como eres, hijo mío; gesticula, declama; padre-mío espiritual, coronate de laurel, tra-siega imágenes y metáforas, ponte en el sitio que te corresponde, y no te muevas nunca, por favor, pues los dioses, ¿sabes?, son eternos. Va muy eternalmente renacido siempre este triste mortal, porque nadie duda aún de que la carne resucita y nos salvamos en el cuerpo y por el cuerpo. Después, claro, en quedándose uno solo, en esos momentos lívidos en los que la noche manchega se repreta consigo misma, y acude la soledad sin que la compañe nadie, —«que jardinerito loco con sus tijeras de plata

advertir si de verdad existe la figuración de los jardines con más vehemencia que el «cercao» valdepeñero. No se es jamás lo que se es y no se está nunca donde se está, y no juzgues que es peor. El fotógrafo se queda un largo rato mirando la interioridad de Joaquín Brotóns callejeando, desde que usa razón y poesía, por las temerosas y dulces avenidas de la nostalgia infinita. «Dímelo, tú, la luna».

Debiese estar prohibido hacerle daño a las personas como Joaquín Brotóns. Dejarse de gaitas y abanicos, y aceptar la pluralidad con que se despliega la misericordia y la bendición. ¿No habrá más añoranza de felicidad en el frutero de la calle. Buen suceso de Valdepeñas, que en el mayordomo de la «**Casa de las Pachecas**»? Ay, avemapurísima, ricura, que ignora el retratista de tres al cuarto qué ha podido acontecerle a la especie humana para que, en vez de de-

**«Joaquín Brotóns esconde, dentro de la profunda y áspera tinaja manchega de su espejito de Blancanieves, una suavísima y delicada alma desnuda, que causa enorme desconcierto por acá».**

Feria del Vino, Pintor Mendoza, Caldereros, Ave María, Cantarranas, Jabalón y la Plaza de España, se encierra, niño grande y consentido, gordinflote y mustio, helénico y gañán, en su frutería alucinada, para escribir despacito «La desnudez cómplice de los dioses»; o le manda una caja de botellas de vino a Pepe Hierro y a Angel Crespo; o llama por teléfono a Barrajón; o se lee «**El eco de La Mancha**»; le da un vistazo a «**Jazmines para la tragedia**» de Juan José Guardia Polaino; u ordena los cuadernos literarios, cosidos a mano en Tomelloso, de «**El Cardo de Bronce**». Es muy meticuloso y ordenado Joaquín Brotóns.

Joaquín Brotóns, la verdad sea dicha, no tiene porqué quejarse tanto de

le cortó al ciprés la punta, Soledad», como escribiese aquel—, entonces, ah, Joaquín Brotóns desespera de la ceniza y del desencanto que esconde, debajo del mostrador, los pomelos y los aguacates, Jesús, Dios mío. La existencia interior de Joaquín Brotóns —opina el fotógrafo— es ya asunto de otros menesteres y otras rogativas, rezad por nosotros que recurrimos a vos. Pero antes de que amaneciesen los astros alumbraba la música, sonaban los violines de la aurora, olían las sábanas alquiladas de las fondas finales a flor de cantueso y existía el sur.

El espejito pagano y lírico de Joaquín Brotóns dijérase que tiene voluntad de echarse a los caminos para

dicarse a fabricar idolillos y a mejorar los vinos de «**Creis Estrada, S.A.**», «**Antolín López**», «**Andrés Caravantes**», «**Félix Solís, S.A.**», «**Antonoya**», «**Megía**», «**Miguel Martín**», etc., etc., le dé por dedicarse al personal a seguir las instrucciones y los avisos para navegantes en un mundo que parece irse hacia los derrumbaderos de la nada.

No, no da en efecto el espejo de Joaquín Brotóns la medida entera de su alma. Van muy desmaridados entre sí alma y espejo en Joaquín Brotóns, o el divorcio es pura casualidad, y ésta, mire usted, no existe, ni va a llegar a tiempo todavía. No corra usted demasiado, señor, porque lo malo de la prisa es todo el tiempo que nos hace perder, nos ha «**jodido**» mayo con no llover a su hora. Es la poesía de Joaquín Brotóns, en el panorama actual de las letras manchegas, una manera de ser, la innumerable y terca melancolía del desencanto. Otra forma, creo yo, de pretender agarrarse a la salvación.



**SI TE GUSTA EL  
PERIODISMO  
¡¡LLAMANOS!!  
Teléfono:  
(926) 255517**